

QUIRÓS CASTILLO, Juan Antonio (ed.)

El poblamiento rural de época visigoda en Hispania. Arqueología del campesinado en el interior peninsular.

Universidad del País Vasco, Documentos de Arqueología Medieval, n.º 6.
Bilbao, 2013, 435 pp.

A través de la colección de monografías *Documentos de Arqueología Medieval* (iniciada en 2009) tenemos acceso a una serie de completos trabajos sobre el período medieval desde una perspectiva fundamentalmente arqueológica. El libro que aquí analizamos es el sexto volumen, publicado en 2013 bajo la coordinación de J. A. Quirós Castillo, y tiene como objetivo abordar el análisis de las granjas y aldeas campesinas en los primeros siglos medievales.

En palabras del propio coordinador del volumen, en su capítulo introductorio, el objetivo de esta publicación es dar a conocer los resultados de recientes intervenciones de carácter preventivo realizadas en once yacimientos de cronología altomedieval (siglos v-ix d. C.). De los once yacimientos, cinco se localizan en Castilla y León y siete en la comunidad de Madrid. Las intervenciones arqueológicas se desarrollaron en amplias áreas, lo que permitió, en algunos casos, intervenir en toda la extensión conservada del yacimiento. Esto permitió identificar varios modelos de asentamiento prácticamente desconocidos, hasta ese momento, en la Península Ibérica. Precisamente el carácter singular de este tipo de registros es el que se destaca en el capítulo introductorio. Quirós Castillo nos ofrece un exhaustivo encuadramiento del contexto de actuación de estas intervenciones, así como una revisión historiográfica de la arqueología de los espacios habitacionales altomedievales del centro peninsular.

En el segundo capítulo –prácticamente un tercio del volumen– figuran los once yacimientos arqueológicos que son objeto de estudio. Con el objetivo de normalizar y permitir la comparación de los datos presentados, dicho catálogo se organiza de forma estandarizada, presentando cada yacimiento mediante una ficha que incluye su identificación, los detalles de la intervención arqueológica y la detallada descripción e interpretación del yacimiento. Cada uno de estos once subcapítulos viene acompañado de un completo registro gráfico, que ayuda a ilustrar las especificidades de las estructuras identificadas en cada aldea mediante fotografías aéreas, planimetría y cartografía, y también numerosas fotografías con los detalles más relevantes de las estructuras, así como los ejemplos más significativos y/o llamativos de la cultura material recuperada. Se trata de un denso corpus documental que cumple una doble función que, en nuestra opinión, es lo más significativo de este trabajo. Por una parte, el catálogo ofrece la publicación integral de los datos relativos a estos once yacimientos. Para ello fue fundamental la colaboración en la publicación de las empresas de arqueología (*STRATO* Gabinete Arqueológico y *AREA* Sociedad Cooperativa Arqueológica) implicadas en su excavación, por su capacidad de identificar y conceptualizar los datos del registro material que llega ahora hasta nosotros. Por otra parte, este capítulo coloca al lector en una posición privilegiada de cara a los estudios que se abordan en los capítulos siguientes. Los diferentes autores utilizarán los datos sistematizados en el corpus, cuya presencia nos permite visitar los yacimientos mencionados en el texto siempre que lo consideremos relevante, facilitando la comprensión del discurso.

El tercer capítulo, primer estudio temático del volumen, nos llega de la mano de

A. Vigil-Escalera y aborda los espacios funerarios de las aldeas excavadas. El autor comienza por revisar las categorías habituales de clasificación de las prácticas funerarias en los contextos rurales peninsulares, proponiendo una renovación en el análisis de estos registros, previo aviso de que no se centrará en las llamadas «necrópolis visigodas», como podría llevar a creer el título del libro. Empieza por aclarar que los estudios peninsulares sobre el universo funerario de esta cronología (ss. v-viii/ix) tradicionalmente han dividido estas manifestaciones en tres grandes bloques: las necrópolis postimperiales (tradicionalmente denominadas «n. del Duero»), las llamadas «n. visigodas» y las «n. hispanovisigodas». Examina a qué tipo de manifestaciones corresponde cada bloque y subraya que estas categorías adquieren una nueva capacidad interpretativa cuando son analizadas en conjunto, algo que hará a lo largo de este apartado. Del total de once yacimientos, Vigil-Escalera se centra en seis del entorno de Madrid, aquellos que ofrecen datos seguros de la relación entre los espacios funerarios y los de hábitat. Tras una descripción de los registros funerarios conservados, el autor hace una sistematización de los diferentes tipos de enterramiento y logra un modelo de organización en tres categorías: necrópolis comunitarias, sepulturas aisladas o en pequeños grupos, e inhumaciones en estructuras no funerarias. El enfoque principal de esta distinción está, según el autor, en el carácter público o privado del hecho funerario como modo de distinción entre las dos primeras categorías. Respecto a las inhumaciones en estructuras no funerarias, ofrece las posibles interpretaciones para estos casos que, ante su complejidad, aún no permiten asumir ninguna explicación cerrada y definitiva.

C. Tejerizo aborda, en el cuarto capítulo, la arquitectura doméstica de los espacios aldeanos. Aunque parte de un enfoque de las técnicas constructivas y de las soluciones arquitectónicas empleadas en los yacimientos del interior peninsular, su estudio acaba por transportarnos a escala europea, comparando

los contextos analizados con otros yacimientos conocidos de esta cronología. El autor comienza por destacar la especificidad de la formación del registro arqueológico y los inconvenientes de tratar con una muestra muy alterada. Aun así, el análisis de los casos de estudio le permite identificar diferentes tipos de estructuras, a las que atribuye distintas funcionalidades y ciclos de vida dispares en la dinámica de los asentamientos. Considera que, aunque las técnicas constructivas sean las mismas dentro de una aldea —e incluso en los mismos espacios regionales—, esto no significa que exista una estandarización a la hora de construir, pero sí que esta repetición de las formas y de la técnica refleja una simplificación generalizada de los procesos sociales de la época post-imperial. Sin embargo, esta regionalización de las dinámicas de poblamiento, que se refleja en las sencillas formas de construir las estructuras domésticas y, por tanto, en la forma de organizar los espacios aldeanos, encuentra expresiones ligeramente distintas en las dos áreas estudiadas. En los yacimientos del área de Madrid, las aldeas parecen más desarrolladas en las relaciones sociales inherentes al proceso de producción, hecho que el autor vincula a su proximidad con Toledo, principal centro de poder en este período. Sin embargo, las evidencias para este tipo de estructuración son vagas en las aldeas localizadas en los territorios del ámbito meseteño, más periféricos.

En el quinto capítulo, I. Grau da paso al estudio de las evidencias faunísticas recuperadas. Más allá de la importancia intrínseca de estas evidencias, una vez que aportan información sobre los propios animales, este tipo de registro es fundamental para analizar las prácticas ganaderas y las estrategias de alimentación de estas comunidades. La autora señala el potencial de este tipo de contextos y advierte de la importancia del empleo de metodologías de excavación adecuadas que permitan recuperar y conservar esta información. Efectivamente, se trata de un tipo de vestigio que está sujeto a la naturaleza de los

depósitos arqueológicos y a complejos fenómenos tafonómicos. La gran mayoría de los restos identificados pertenecen a depósitos en contextos secundarios, obtenidos en la excavación de los rellenos de amortización de agujeros de poste y otras estructuras negativas. El hecho de que buena parte del material faunístico muestre efectos de exposición a la intemperie sugiere que se trata de contextos de basura temporalmente depositados en otro espacio y que, posteriormente, se utilizarán para amortizar las estructuras en desuso, un dato que nos aporta importante información sobre la forma de gestionar los residuos en los asentamientos. En lo que respecta a las especies animales identificadas, la autora tiene el cuidado de utilizar los nombres comunes, lo que facilita la comprensión del discurso. Este capítulo viene a demostrar cómo el análisis faunístico puede ayudar a corregir las ideas preconcebidas acerca de los modos de vida del mundo rural peninsular. Como la autora señala, la descentralización de los procesos de producción permitió a estas comunidades evitar los riesgos de una producción excesivamente especializada, incentivando una agricultura de largo espectro, a una escala local, en la que los yacimientos producirían lo suficiente para satisfacer su demanda interna.

En el sexto capítulo, B. Hernández-Belouqui, F. Burjachs y M.^a J. Iriarte-Chiapusso realizan una aproximación al registro palinológico del centro peninsular durante el periodo visigodo. Los datos presentados permiten señalar las profundas transformaciones en el paisaje durante esta etapa. Los autores, además de valorar los análisis polínicos dentro de los yacimientos, subrayan la importancia de contar con estudios de depósitos naturales, dada su mayor resolución temporal que permite valorar comparativamente los indicios de antropización del paisaje detectados en los asentamientos. Así, la información relativa al paisaje se obtiene tanto de los depósitos arqueológicos como de los depósitos naturales, siendo imposible valorar la relación de estas comunidades campesinas

con su entorno sin realizar un análisis palinológico de ambos tipos de depósitos. Los datos analizados a partir de cinco estudios palinológicos disponibles para las cuencas de los ríos Duero y Tajo, y los realizados en el Sistema Central, permiten detectar que el efecto de la presencia humana en las zonas analizadas tiene un rango espacial que va más allá del asentamiento y su entorno inmediato. La combinación de los análisis faunísticos y palinológicos demostraría el desarrollo de una agricultura mixta junto a una ganadería no trashumante por parte de estas comunidades campesinas del interior peninsular.

En el séptimo y último capítulo del volumen, A. Vigil-Escalera y J. A. Quirós Castillo, sirviéndose de los datos aportados en los capítulos anteriores, ofrecen una interpretación de las evidencias materiales de los once yacimientos arqueológicos a la luz de los paradigmas empleados para analizar el territorio meseteño entre los siglos v y ix. En primer lugar, los autores revisan las características de la muestra analizada, considerando para cada yacimiento su representatividad, las especificidades del registro y la datación de los materiales y las respectivas secuencias cronológicas, lo que permite desarrollar una secuencia ocupacional para cada uno de los yacimientos. En la segunda sección del capítulo se presenta un estudio interno de los yacimientos, teniendo en cuenta la organización y ocupación de las aldeas y la propia estructura interna de las unidades domésticas. Nos advierten del hecho de que en la casi totalidad de los casos estudiados no se conserva el nivel de frecuentación original del yacimiento, lo que favorece la documentación de estructuras negativas en detrimento de otras, hecho que puede provocar una visión sesgada de los asentamientos. En tercer lugar, los autores realizan una aproximación a la estructura económica de estas comunidades centrándose en los indicios de actividad artesanal y en las prácticas agrarias y ganaderas, con el objetivo de identificar las lógicas sociales y económicas. En el cuarto apartado, abordan las transformaciones del territorio en términos

diacrónicos, acompañando los procesos desde la estructuración aldeana, y su articulación jerárquica en un territorio, hasta el final de la aldea en su concepto altomedieval. El último apartado sirve para recopilar la información aportada por el registro arqueológico y valorar la perspectiva discontinuista desde la cual se realizó dicho análisis. Según los autores, este periodo cronológico vendría marcado por el final del mundo romano y el inicio del mundo medieval donde «el registro arqueológico permite excluir completamente la noción de comunidades campesinas autónomas y completamente desvinculadas de los poderes territoriales. Pero por otro lado, también es cierto que estas comunidades mantuvieron amplios márgenes de capacidad organizativa como resultado de la descentralización de la gestión de las actividades productivas» (p. 398).

En conclusión, este volumen constituye un documento fundamental para aquellos que desarrollan su investigación en el marco de la arqueología del campesinado altomedieval. Más allá de la interesante revisión de los propios yacimientos, reformula y actualiza la forma de estudiar este tipo de registros, demostrando cómo una metodología pluridisciplinar permite transformar la información del registro arqueológico en datos cuantificables e incorporarlos al discurso histórico actual. El lenguaje claro y accesible de la obra, así como la propia sistematización y la organización del trabajo, hace que su lectura resulte provechosa también para investigadores que estén poco familiarizados con este tipo de estudios e incluso resulte atractiva para un público menos especializado.

Sara Prata